

AL CORAZON DE JESUS

UN RECUERDO DE MI BUENA AMISTAD

A LA PIADOSA SEÑORA

DE. Guadalupe Fernandez de Córdoba de Moncada.

Jesus, dulce amor mio,
Consuelo de mi pecho atribulado,
Reparo hoy mi desvio
Y en llamas abrasado
Vuelo á tu corazon enamorado!

Ay! pasé tiempo largo
Gustando los placeres de la tierra;
Mas su sabor-amargo,
Que copa de oro encierra,
Déllos, por siempre léjos me destierra.

POESIAS.

Entónces olvidaba
¡Cuánto se halla en tu amor de goce cierto!
Al sueño me entregaba;
Mas ora, ya despierto,
Vuelo á gozar las flores de tu huerto.

Vuelo, de gozo puro
El corazon henchido, palpitante;
Voy de tu amor seguro
Por que tú eres amante
Que no olvida á su amor un solo instante.

Y ¡hay quien de tí se olvide,
Quien deje en abandono tus altares,
Cuando aquel que te pide
Consuelo en sus pesares
Cuenta consolaciones por millares?

¡Detente!, vano mundo,
Oye la voz que sale del Santuario;
Es voz de amor profundo
Que el Santo del Calvario
Lanza, llamando al hombre á su sagrario.

¡Su túnica no miras,
Antes como la nieve, y tan luciente,
Teñida por las iras
De pueblo delincuente
En sangre de sus venas, inocente?

Dulce Jesus amado,
Unido á tu piedad con lazo-fuerte
Mi corazon llagado,
Aspira á poseerte
Aun más allá del tiempo y de la muerte.

POESIAS.

Derrama, Jesus bueno,
La suavísima paz de tus amores;
Tu corazon sereno
Es huerfo de mil flores
Do anhelan descansar tus amadores.

Entre ellos me retiro;
Mi vida ahora con tu amor empieza;
Por tí gimo y suspiro,
Y con santa tristeza
Me lloro ausente á tu real belleza.

LIBRO Y ESPADA

Grandioso es ver sobre crugiente carro
Al vencedor ornado de laureles
Seguido por ejército bizarro
Al ruido de atambores y corceles.

POESIAS.

Y que los aires poderoso rompa
De pueblo entusiasmado el clamoreo,
Mientras el sol en la guerrera pompa
Resplandece con vivo centelleo.

Mas si la vista del mortal seduce
Con su aparato el fúlgido guerrero,
Noble razon, que en alta esfera luce,
Ve los males que deja en su sendero.

En sangre mira del humano, tinta
Del aclamado vencedor la cauda,
La voz escucha del herido, extinta,
Y en los aires silbar la bala rauda.

¡Guerrero ensangrentado!, tú dominas
Por el hierro tajante y por el fuego:
Todo á tu paso tornas en ruinas
Turbando el campo y su feliz sosiego.

Mientras te aclaman los sonoros bronces
En la alta torre de granito fuerte,
Rechinan tristes los ferrados gonces
En dura cárcel de vencido inerte.

Cual flor lozana que tronchó el arado
Yace á tus piés el jóven arrogante
Y te señalan, con el rostro airado
La madre tierna y la infeliz amante.

No tus odiados triunfos ambiciono,
Hijo feroz del sanguinoso Marte;
Amo á Minerva que en sublime trono
Coronas de oro y de laurel reparte.

POESIAS.

"Llegué, miré y vencí," dijo el guerrero
Triunfador en los campos de Farsalia;
Hé aquí un mortal, cual débil, altanero,
Aunque la historia su arrogancia palia.

El que rudos obstáculos afronta,
Ese conquista verdadera gloria,
La de César si fué victoria pronta
Mucho tiene de yana é ilusoria.

Es muy fácil surcar tranquilo lago
Navegando en la cómoda barquilla,
Mientras favonio con gentil halago
Moviendo va las flores de la orilla;

Pero surcar el mar embravecido
Sobre ligero, mal seguro leño,
Cuando aterra el relámpago encendido
Y el austro silba con tenaz empeño;

Es árdua empresa y solo un pecho fuerte
Con génio audaz acometerla puede
Sin temer la borrasca, ni la muerte,
A cuyo amago su valor no cede.

Propio es de corazones generosos
De la ciencia buscar la noble palma,
Que aunque se halla en zarzales espinosos
Ilustra el nombre y enriquece el alma.

La noble palma que concede el mundo
A aquel que del saber conquista el puerto,
Atravesando el piélago profundo
Erizado de escollos y desierto.

POESIAS.

El que la ciencia con amor cultiva
Se ofrece ante su altar en holocausto
Y al cuerpo consumiendo llama activa
Llega la enfermedad con rostro infausto.

Tal vez perturba del festin la risa
El estudio del hijo de Minerva;
Mas oye voz amiga que le avisa:
"El placer los espíritus enerva."

Y él atiende sumiso á esa palabra
Y como á rica piedra el lapidario
Hora tras hora su talento labra
Que llega á ser diamante en luces vário.

Suenan las horas en la oscura torre
Y á otra y otra el sonido se propaga,
La voz de "¡alerta, centinela!" corre
Y no en la alcoba la bujía se apaga.

Horas de intenso afan y desconsuelo
Pasa en olvido el mísero estudiante,
En sus ojos pintándose el desvelo,
Y una noble tristeza en su semblante.

Abierto el libro está sobre la mesa
Y el estudiante en él fijos los ojos
Y, mártir de la ciencia, su cabeza
Punza corona de ásperos abrojos.

Insecto leve que importuno zumba,
Tal vez le causa en su delirio ardiente
La impresion que origina si retumba
El ronco mar en hórrida rompiente.

POESIAS.

Y su febril cerebro se perturba
Con cálculos geométricos y rasgos
Como si fuesen animada turba
De signos cabalísticos y trasgos.

Deja agitado el libro: á la ventana
La paz buscando de la noche, asoma,
Mira la luna, á tramontar cercana,
Adormida en la cumbre de la loma.

Con nitidez el pensamiento entiende
De súbito, que fuérale un arcano
Y un fuego puro su pupila enciende
Y golpéase la frente con la mano.

Su alma siente en mil olas inundada
Por un placer que en el semblante acusa,
Y "¡eureka!" grita al punto, enagenada,
Como el sabio inmortal de Siracusa.

A ilusiones su pecho se despierta
De amor, de dulce amor y de alta gloria
Y del futuro en el baluarte, abierta
Ve una brecha, que anuncia su victoria.

Volando vienen con sus álas de oro
De la primera edad los dulces sueños
Y ve una jóven de gentil decoro
Y de amorosos ojos y risueños.

Vuela su pensamiento á cada estrella
Quiere atrevido valorar su altura;
Y lo pretende por que sepa ella
No ha de vivir en soledad oscura.

POESIAS.

De ilusiones le arrastra un torbellino
Que en fuego y luz cuanto se acerca enciende;
Y mira á su ángel, con placer divino
Que álas de nácar por el éter tiende.

Viene, con risa que envidió la aurora,
Soles son los mijeros de su senda;
Y el cielo con mil íris se colora
De júbilo sin fin en régia prenda.

Y ella disfruta de su gloria misma;
Gloria que brilla por la noble ciencia;
Y en pensamientos férvidos se abisma
Grande hacer pretendiendo su existencia.

De la vigilia prolongada, en tanto,
Tardo sueño sus párpados abate
Y ya no escucha el matutino canto
Del pajarillo que las álas bate.

Cruza los brazos en la tosca mesa,
Apoya en ellos la marchita frente;
Y va su madre y con amor le besa,
Y ya no el beso de la madre siente.

Quieto dejad al estudiante oscuro,
Quieto dejad al estudiante pobre:
Quizá mañana con timon seguro
Hará que su nacion puerto recobre.

El Trabajo.

—Inútilmente te afanas,
Dijo al pájaro, un infante,
Cuando en las bellas mañanas,
Cruzas los campos errante,
¿Qué haces? volando hácia arriba,
¿Qué haces volando hácia abajo;
Y el ave con voz festiva
Dijo al infante:—*trabajo*.

Luego vió rápida abeja
De una rosa en el primor,
Ya del pájaro se aleja
Y llegándose á la flor
Con el insecto se junta,
—¿Qué cosa á esta flor te trajo?
Con impaciencia pregunta
Y ella responde:—*el trabajo*.

POESIAS.

Entre las ramas del soto,
Miró una araña en su tela
Y no notando alboroto
En aquella centinela,
—Eres, por cierto, una ociosa
Le espeta con desparpajo,
Y ella con voz desdeñosa
Contesta al niño:—*trabajo*.

El niño el campo pasea,
En tanto dulce murmura
La brisa, que el huerto orea
Refrescando la llanura,
—¿Qué haces, le interroga el niño,
Y ella en un tono muy bajo
De simpático cariño
Da esta respuesta:—*trabajo*.

El sauce al soplo del viento
Triste [ya es Octubre] zumba,
Y hojas secas va sin cuento
Regando sobre una tumba.
—¿Qué haces echando esas hojas
Macilentas, acá abajo;
Sin dar tregua á sus congojas
Replica el sauce:—*trabajo*.

La luz pura en rayo de oro,
Penetraba cierto día
Como valioso tesoro
En una fotografía.
—¿Qué haces á ese tubo entrando.
Más negro que ála de grajo?
Y la luz le retratando,
Respondió al niño:—*trabajo*.

La madre del niño viendo
 Del pequeño tanto afán
 Las cosas, dice, siguiendo
 La ley del trabajo están:
 Aunque de manera vária,
 Trabaja el sol y la flor;
 Que es el mundo, maquinaria
 Y Dios, el primer motor.

DECIMA.

El Hombre y la Mujer.

El, á ella, no es superior,
 Ni ella á él, rebaja en nada,
 De la vida en la jornada
 Son uno del otro, amor;
 El, tiene génio y valor,
 Ella, es virtuosa y amante
 Y ambos son, cual en cuadrante
 El minuterero y horario,
 Uno y otro, necesario,
 El uno y otro, importante.

Mi Hijo Muerto.

Sin oír mi lamento
 El cielo te apartó de mi presencia
 Y desde entonces cuento
 Como siglos las horas de tu ausencia.

Allá en la noche larga
 La pena con la sombra se conjura;
 Y sobre mí descarga
 Su fuerza, que en herirme se apresura.

Que eres feliz comprendo,
 Morador de morada sin quebranto;
 Es así, mas corriendo
 Está mi corazón en largo llanto.

No te quiero la dicha
 Quitar que gozas en eterna calma;
 Mas lloro mi desdicha
 Pues te me fuiste, ¡corazón del alma!

POESIAS.

Dejásteme sin vida;
Dejásteme heredero de tristeza;
Sobre el pecho caída
Como planta sin sávia, la cabeza.

Vigilante en exceso
Quizá en desproporcion te dí castigo,
¡Olvidalo! y un beso
Dáme, que aquel instante yo maldigo!

Ese tu lloro tierno,
Ese semblante tuyo dolorido,
Piden gemido eterno
A aqueste corazon arrepentido!

Perdóname, bien mio;
Ven, y mire en tu rostro la sonrisa;
No ese tinte sombrío
De cuando nos dejaste tan aprisa.

Corazon tienes blando
Y fuí su amor, como mi amor él era,
Y pues me ves llorando
¿Por qué no bajas de la azul esfera?

¿Olvidas, prenda mia,
¿Cómo tus piececicos calentaba?
¿Y cómo te dormía
Y á la par de tu madre te cantaba?

Tiene mi alma mil puertas
Al dolor, y el placer ninguna sabe;
¿Y, á mi bien, no despiertas,
Y sordo guardas la preciada llave?....

POESIAS.

Mi queja ahora escucha,
Concédeme de dicha, parte alguna;
De verte es mi ánsia mucha
En mis brazos sirviéndote de cuna.

No olvides, prenda mia,
Cómo tus piececicos calentaba,
Y cómo te dormía
Y á la par de tu madre te cantaba!

INVOCACION

A LA

VIRGEN MARIA.

Á MI MUY QUERIDO AMIGO

EL SR. PROVISOE DE LA DIÓCESIS DE TULANCINGO, Pbro.

D. Melesio de J. Vazquez,

TAN ENTENDIDO EN LETRAS COMO EN CIENCIAS.

Virgen más pura que la pura esencia
Que el cáliz guarda de temprana rosa,
Virgen dichosa, que rival no tienes
En la excelencia;

Tú, que cual pura, te contemplas fuerte
Como escuadrones de batalla en orden,
Calma el desórden que á mi patria triste
Lleva á la muerte.

Mira su rostro que cruzó el acero;
Mira su sangre en fulminado muro;
Cuán mal seguro su circuito deja
Al extranjero.

POESIAS.

Mira el hermoso pabellon de Iguala
De iris fragmento, en mil fragmentos roto,
Y el alboroto con que turba infame
Todo lo tala.

La choza mira que con llama humea;
Mira sin frutos los feraces campos;
Mira los lampos con que el bronce horrible
Relampaguea.

Si ya la pena de última agonía
Puede mover la compasion del cielo,
Dános consuelo, y que la paz renazca,
Virgen María.

Muévante ¡oh Virgen! los sencillos niños.
Cuya pureza sin broquel, peligra,
Hoy que denigra á la virtud el crimen
Con sus aliños.

Qué ¡no te agrada que te lleven palmas,
Flores olientes sin aguda espina,
Virgen divina, y que alboroces pura
Nítidas almas?

En tu jardin y tu heredad, la huella
Del crimen vése y su opresora planta;
Su furia es tanta, que su misma víctima
Ni se querella.

Rayos ardientes al nublado lanza;
Sosiega ¡ay! presto del error la grita,
Virgen bendita, pues en tí tan solo
Pongo esperanza.

POESIAS.

Vuelve á tu templo el esplendor antiguo,
Suenen gozosos órgano y salterio;
En el misterio de tu sér, ninguno
Muéstrese ambiguo.

Que los tesoros que este suelo encierra
No sean tristeza á quien lo goza nunca,
Pues siempre trunca del placer las flores
Hórrida guerra.

Segura se halle no murada quinta
En noche densa, con la puerta franca,
Y en la barranca la caterva astuta
Hállese extinta.

Rinda al minero la montaña su oro,
Rinda la tierra al labrador su fruto,
Pague tributo de su canto y plumas
De aves el coro.

Brillen las artes y las ciencias brillen,
A virtud alzen bellos monumentos,
Que airados vientos y las nubes altas
Venzan y humillen.

Suelten tus hijos ponderosas lanzas,
A mejor uso los sus bronce fundan,
Por que difundan con clamor alegre
Tus alabanzas.

Que ceda el puesto triste ciudadela,
Do se procuran la congoja y llanto,
Dulce al encanto que fecunda guarda
Plácida escuela.

POESIAS.

Surquen cien naves de la patria el ponto,
Verdad difunda la gloriosa prensa,
Sienta vergüenza quien á error y sombra
Dábale monto.

La ley por norma las costumbres tome;
Y las costumbres, la virtud dirija;
Al mal se inflija: y su potente alcázar
Ya se desplome.

De cetro y tiara no óigase querella,
La Cruz la nave del Estado lastre;
Cese el desastre. La tiniebla rompe,
Cándida Estrella.

Házlo, María: y aunque en esa nave
En rol no me halle, ni en lugar seguro,
Y lecho duro el descubierto puente
Déme, si cabe!